

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

Hernán Javier Salas Quintanal
Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen. La construcción de la frontera política administrativa, a mediados del siglo diecinueve, entre Arizona (Estados Unidos) y Sonora (México) provocó una dispersión entre los pápagos que quedaron al lado mexicano y los que se ubicaron al norte de la línea fronteriza. Durante años esta división generó un alejamiento en los estilos de vida y en la forma de habitar un ambiente desértico; en la actualidad, la frontera política se expresa en las esferas de la vida social, económica y cultural. En este artículo se hace referencia a la situación de los pápagos, la “gente del desierto” que habita el desierto de Altar, al norte de Sonora, quienes actualizan sus referentes comunes para identificarse como etnia y como grupo.

Palabras clave: 1. desierto,
2. frontera, 3. pápagos, 4. identidad.

Abstract. The construction of the administrative political border, in the middle of the 19th century, among Arizona (United States) and Sonora (Mexico), caused a dispersion among the pápagos that remained at Mexican side and those that were located to the north of the frontier line. During years, this division generated a removal in the ways of life and in the form to inhabit in a desert environment. Currently, the political border itself, expresses in the spheres of the cultural, economic, and social life. This is how to refer to the situation of the Papago, the “desert people” that inhabits the desert of Altar, to the north of Sonora, who update their referring common ones to be identified as ethnic group.

Keywords: 1. desert, 2. borderline,
3. Papago, 4. identity.

culturales

VOL. II, NÚM. 3, ENERO-JUNIO DE 2006

Culturales

Introducción

Desde hace cientos de años, diferentes sociedades han habitado los desiertos y hecho de estos particulares ecosistemas un espacio de habitabilidad para el ser humano. Como memoria materializada de la humanidad, los desiertos custodian fósiles de individuos, plantas y animales, artefactos y materiales que las sociedades antiguas utilizaron para perpetuarse en el tiempo. De esta manera, han sido un testigo privilegiado del desarrollo cultural de la humanidad en territorios que, pese a las ideas generalizadas que se han elaborado sobre ellos, siguen albergando importantes sociedades humanas y grupos de diversas especies. Este artículo comienza con una referencia histórica de la ocupación del desierto del norte de México, desde la conformación de un entorno ecológico hasta su ámbito social, tanto en las delimitaciones territoriales como en la manera en que las fronteras geográficas se fueron convirtiendo también en fronteras culturales; finalmente, se contextualiza espacial e históricamente la cultura pápago, la “gente del desierto” que continúa vinculada a los diferentes procesos que se experimentan en el entorno árido.

La vida en el desierto

Etimológicamente, la palabra “desierto”, que proviene del latín *desertus*, significa “abandonado”.¹ Como adjetivo significa “despoblado”, “inhabitado”, “solo”. Entendido como sustantivo, se trata de un terreno despoblado, sin cultivos, gente ni edificios. En cuanto a su definición geográfica, es una “gran extensión de terreno donde la vegetación es escasa y las condiciones climatológicas de una extrema dureza, cualidades que dificultan en gran medida la vida ordinaria” (Fernández de Rota, 2004:22).

Ante todo, la aridez es escasez de agua, causada tanto por falta de lluvia como por las condiciones de humedad del suelo;

¹ Diccionario de la Real Academia Española.

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

la permeabilidad, evaporación y transpiración de las plantas; la intensidad y duración de la luz solar, el calor, la humedad atmosférica y el viento. De tal manera, los desiertos son regiones del planeta que se caracterizan por factores que limitan el establecimiento de grandes poblaciones de organismos. A pesar de ello y quizás por las presiones del medio, los seres humanos asentados en este hábitat han desarrollado una cultura cuyas estrategias están orientadas a hacer frente a las constricciones ambientales.

En estas condiciones, el ambiente árido marca límites precisos. Sin embargo, cuando los seres humanos se apropian del espacio definen sus propias fronteras alterando muchas veces las naturales, modificando las condiciones naturales de existencia para transformarlas en recursos culturales. Cuando un grupo enfrenta un medio hostil, lo hace con todo su repertorio cultural, con sus valores y formas de comportamiento, con su organización y su tecnología.

La vida del ser humano en el desierto y su significativo nomadismo es una expresión de cómo se especializó en el proceso de integración a la naturaleza que le permitió expandirse por los ámbitos más secos de la tierra. Los hombres avanzaron, penetraron y se asentaron allí y resolvieron el problemático aprovisionamiento de alimentos y agua. Pronto esos hombres aprendieron a excavar y extraer agua del subsuelo, a canalizarla y aprovechar el agua de los ríos y de la lluvia, hasta edificar obras hidráulicas al servicio de inmensas zonas de regadío y poblaciones.

La falta de agua, entonces, no fue un impedimento para el crecimiento y desarrollo de las sociedades humanas en los desiertos, las que fueron transformando el hábitat, trasladando pautas de comportamiento y recursos de otras formas de habitar, como plantas y animales, y desarrollando conocimientos para enfrentar las constricciones ambientales, en un llamado proceso de adaptación que en realidad ha significado una transformación profunda. Así, el ambiente, vínculo complejo entre los procesos de orden físico, biológico, termodinámico, económico, político y cultural, emerge como un nuevo potencial productivo que resulta de las relaciones sistémicas y sinérgicas

Culturales

que genera la articulación de la productividad ecológica, tecnológica y cultural. Esta concepción, parafraseando a Enrique Leff (1998), resignifica el sentido del hábitat como soporte ecológico y el habitar como forma de incorporación de la cultura al espacio geográfico.

De esta manera, mientras más han sido las limitaciones impuestas por las condiciones de aridez, el hombre ha experimentado el desarrollo de mayores capacidades para transformar el medio ambiente, cuya expresión más significativa se ve reflejada en los procesos de artificialización, acompañados de una alta mecanización y tecnologización de las actividades agrícolas, pecuarias, de caza y recolección, que emplean tecnologías cada vez más sofisticadas. El uso desmesurado de tecnología vigoriza a la frontera en los procesos culturales y naturales, proceso que ha sido interpretado como un divorcio entre el sujeto y su entorno; sin embargo, el sujeto va modelando su comportamiento a través de significados socialmente construidos acerca del desierto, como un elemento más del entorno y de la naturaleza de la relación entre el hombre y el desierto.

En este manejo, el proceso más importante ha sido extender el control sobre aguas de superficie y freáticas, creando un vulnerable equilibrio entre el incremento desmesurado de la demanda y el costo por su apropiación. El incierto límite impuesto por las condiciones ambientales deriva en un problemático y complicado proceso económico en el uso, explotación, administración, propiedad y conocimiento de los recursos hídricos. Dada la desmesurada utilización de equipos y tecnología especializada, la interacción social que se establece entre las actividades productivas y los recursos naturales, especialmente el agua, ha definido los comportamientos y las interacciones entre los seres humanos, caracterizados tanto por la armonía como por la conflictividad social. La percepción, la administración y la organización social en torno al agua constituyen una cultura capaz de sortear el rigor del medio ambiente, la que, sin embargo, no se ha desarrollado con suficiente vigor como para mermar los enfrentamientos en el uso industrial, agropecuario y doméstico del líquido.

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

Antecedentes en la ocupación del desierto

Desde una perspectiva de larga duración, a partir del conocimiento arqueológico de la distribución de los sitios de habitación y de trabajo, el tipo de material cultural que contienen y las asociaciones entre los artefactos, se puede interpretar que los diferentes grupos humanos que han habitado el desierto del norte de México a lo largo de prácticamente diez mil años enfocaron su atención en el desarrollo de formas de apropiación y manejo de los recursos del medio ambiente, base fundamental de sus estrategias de sobrevivencia, sin dejar de preocuparse por las tareas de defensa y las actividades ceremoniales.

Por ejemplo, de acuerdo con el trabajo arqueológico de Leticia González (2004:368), el tipo de organización social se ha identificado teniendo como base las actividades llevadas a cabo por los cazadores recolectores del desierto, que dieron como resultado una tecnología manifiesta en la industria textil, de la madera, de la piedra tallada y de las transformaciones de productos naturales en alimentos por medio del horneado y la molienda. Para la reproducción de sus condiciones socioeconómicas, los grupos que aquí habitaban necesitaron integrar una serie de relaciones sociales y políticas para acceder a territorios que sirvieran como reserva para las épocas de sequía y escasez, así como para compartir su territorio con principios basados en complejas relaciones de parentesco y asociatividad.

De la misma manera, esos grupos dejaron evidencia de su vida espiritual, ceremonial y social en edificaciones, piedras labradas y culto a diferentes elementos presentes en la naturaleza. Como todas las sociedades, las del desierto construyeron universos conceptuales que rebasaban los fenómenos naturales para explicar y complementar los diferentes factores y elementos de la cotidianidad. De acuerdo con la evidencia arqueológica, en algunas sociedades del desierto se practicaban al menos cuatro cultos: a los muertos, al venado, al peyote y a los astros (González Arratia, 2004:368).

Es precisamente la interrelación entre los aspectos materiales de la subsistencia y las manifestaciones de índole simbólica en

Culturales

un escenario como el desierto, organizado en torno a la formación social de cazadores, recolectores y pescadores que viven de los productos que ofrece el medio ambiente, lo que se ha denominado “cultura del desierto”.²

Habitada durante varios milenios por grupos nómadas que cazaban animales y recolectaban diversos frutos para sobrevivir, la economía regional utilizaba estacional y cíclicamente los distintos ecosistemas, conformados por lagunas, ríos, arroyos y el litoral marítimo (Villalpando, 2001). Los territorios más extensos, con menos recursos de agua, permitían la trahumancia en un área mayor. Los territorios que poseían corrientes de agua permanentes o frecuentes permitieron la agricultura de riego, además de la de temporal. Valles estrechos, situados especialmente en la junta de los ríos, aseguraron agua permanente para los poblados y las labores agrícolas desarrolladas, principalmente en la caja de los ríos (Montané, 2004:308).

En un orden de aspectos más cotidianos que en rituales asociados a las creencias, la organización social de los grupos que se asentaron en el desierto se caracterizaba por la gestión comunal de los recursos, normada por instituciones que regulaban el carácter redistributivo, otorgaban el derecho a elegir autoridades y recurrían a relaciones de reciprocidad con sus vecinos. Ambas colectividades se encontraban en el interior de *fronteras físico-ambientales* definidas por restricciones climáticas y escasez de recursos productivos, en una situación concebida, no por solidaridad mecánica, sino como una estrategia de sobrevivencia. El orden interno estaba garantizado por principios culturales y de territorialidad que se entretrejían con

² A pesar de las discusiones arqueológicas acerca del espacio ocupado por la cultura del desierto en la subárea norte de México, se concuerda en su temporalidad, desde el año 9000 a.C., y en una serie de elementos de la cultura material presentes en diversos momentos, descritos por Braniff (2004:185): habitación en cuevas y sitios abiertos, recolección, cacería en diferentes proporciones, diversos tipos de lítica, cestería, pieles para vestir, sandalias, taladro para hacer fuego, arco y flecha, cordelería, redes, petates, artefactos de madera, uso de la concha para confeccionar objetos, hornos subterráneos, aljaba y honda, instrumentos para tatuajes, uso del peyote, escalpe, collares y orejeras.

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

estructuras concretas de apropiación de realidades tangibles e intangibles. Hay que destacar, en todo caso, que la referencia a *comunidad* debe entenderse más bien como gestión y organización comunal de recursos, antes que como un concepto normativo y restrictivo (Castro, 2004:101).

En efecto y aludiendo a la actualidad, las comunidades de las sociedades del desierto no sólo hacen referencia a una lengua, un territorio y una cultura, como ha sido observado en sociedades constituidas en otros ecosistemas. Los pueblos indígenas han conservado parte de lo que fue su milenaria territorialidad, gracias a las constricciones que impone el medio desértico, y de cara a las sucesivas transformaciones de la gran propiedad asignada a los europeos en los siglos dieciséis y diecisiete. Con grandes diferencias culturales, comparten, sin embargo, estilos de organización comunal que básicamente vinculan un conjunto de unidades productivas y facilitan la circulación de los medios de producción en un territorio delimitado. La apropiación de recursos reviste, a la vez, formas individuales y comunales tuteladas por un sistema normativo que establece el acceso, control, uso y transferencias de factores productivos (Castro, 2004:101).

La idea de comunidad, como veremos, contrasta con la experiencia actual de los grupos que habitan el norte de México, especialmente con aquellos que viven alrededor de la frontera internacional. Para comprender este proceso, presentaré la relación entre el desierto y la frontera norte.

Frontera y desierto en el norte mexicano

La vida social y cultural en el desierto del norte de México se vio fuertemente transformada y, en cierta medida, interrumpida con el establecimiento fronterizo. Con el desplazamiento de la frontera México-Estados Unidos hacia el sur en 1848 comienza la fragmentación territorial, no sólo de los grupos indígenas asentados en la zona, sino también de familias y bandas que fueron divididas entre dos nacionalidades. La férrea resistencia de los pueblos que habitaban la región a la llegada del conquistador

Culturales

español logró establecer un cierto equilibrio social y socioeconómico, un manejo de los recursos y una particular sedentarización, que combinaba caza, pesca y recolección con una problemática agricultura. Los grupos, especialmente los indígenas, construían sus identidades derivadas de su forma de habitar y apropiarse del espacio.

Quienes se dieron a la tarea de “conquistar” territorios en la denominada “tierra adentro” estaban obligados a delimitar el territorio conquistable: en primera instancia, definir al “otro”, acotándolo en un espacio culturalmente homogéneo, para definirse a sí mismos y a los “otros” en el sentido de “vecinos fronterizos”. Lo mismo ocurrió posteriormente entre misioneros y militares, promotores de políticas concretas de control del espacio y sujeción de sus habitantes, de las que emergieron infinidad de clasificaciones que hicieron explícito el reconocimiento de la heterogeneidad nativa: diversas lenguas, múltiples formas de organización política, diversas maneras de apropiación del espacio, variedad en las armas y atuendos, grupos en conflicto y aliados (Sheridan, 2004:449-450).

Para el conquistador esta región del desierto también era concebida como una frontera, una tierra de nadie, conquistable, llamada la Gran Chichimeca, tierra de indios rebeldes y agresivos. El usufructo de un territorio delimitado por los indios no fue reconocido por los españoles, pues se trataba de un territorio por conquistar y, en consecuencia, no estaban dispuestos a asumir lo que para los aborígenes era una certeza: su territorialidad. La territorialidad definía el espacio en el cual la tribu podía utilizar los recursos naturales. Los españoles, entonces, lograron modificar su relación con ésta al limitarlos a vivir en aldeas fijadas por ellos, los conquistadores, quebrantando sus ciclos alimentarios (Montané, 2004:306 y 310).

La resistencia de los grupos que habitaban la región a las políticas coloniales condujo a que ambos países fortalecieran sus regiones fronterizas, y así, tales grupos aceptaron, con aparente conformidad, su sedentarización. Las formas que adoptó este proceso en ambos lados, ya fuera en “reservaciones” o en comunidades indígenas y ejidos utilizados como medios de pacificación, no diferían mayormente.

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

De tal manera, la formación de las fronteras nacionales fue obra de dos países que luchaban por imponer sus proyectos de Estado-nación. En ambos casos se trataba de aislar a la población nativa del resto de la sociedad para convertirla en icono de raíces históricas de la nación, de que adoptaran una lengua común (inglés y español, respectivamente) para facilitar los procesos de educación institucional a través de un régimen escolar único, formas específicas de acceso a la tierra en un sistema agrícola determinado y un gobierno central que fuera capaz de someter las diversas figuras de autoridad. Como ha señalado Everardo Garduño (2002), los grupos indígenas del norte de México cesaron la resistencia activa en forma de rebeliones armadas, pero con base en su binacionalidad y movilidad ancestral, que luego se hace transfronteriza, han empezado a elaborar estrategias de resistencia para que pervivan sus identidades. En este sentido, la constitución fronteriza representa un fenómeno dinámico por excelencia.

La noción de frontera ha sido analizada como un espacio *per se*, inamovible y ahistórico, que separa arbitrariamente dos supuestas realidades socioculturales: *civilización* y *barbarie*. Es una noción que surge de un imaginario imperialista que no sólo explica sino que justifica su propia idea de la realidad, a la que confronta y que reconoce como distante, pero que, a la vez, hace propia como un desafío: conquistar el espacio y sus habitantes (Sheridan, 2004:449).

En este espacio del norte de México, dadas las condiciones de desierto, la frontera era concebida como tierra de nadie, región abandonada, donde no había nada y donde todo estaba por hacerse, concepto etnocéntrico marcado por Frederick Jackson Turner desde finales del siglo diecinueve (Torres, 2004). Las culturas nómadas del desierto formaban parte de este vacío; así lo consideraron los primeros colonizadores que llegaron a Sonora y así lo establecieron los estadounidenses cuando posteriormente se lanzaron a la conquista del *Southwest*, concebido como la nación naciente.

La frontera americana es la parte más lejana de los asentamientos-pioneros, el límite frente a la tierra libre, un cinturón flexible que señalan con detalle los censos; la frontera es

Culturales

una perspectiva que incluye a todo el “margen exterior” de los asentamientos americanos y en el cual se encuentran los territorios indígenas. La zona fronteriza es la naturaleza salvaje que conquista al colonizador. La frontera es una región capaz de restituir al hombre su pureza; es una región de violencia y de regeneración, creadora de un hombre nuevo y de una nueva nación específicamente americana (Torres, 2004:424).

La ideología nativista estadounidense se filtró en el aparato gubernamental y permitió delinear las políticas migratorias más trascendentes de aquel país. Tanto en Europa como en Estados Unidos, definió por primera vez a la “raza blanca” como un grupo social con un papel de privilegio en la historia mundial. Como producto de estas ideas se desarrolló el nacionalismo blanco, que creció durante todo el siglo diecinueve con un acuerdo tácito entre las élites políticas y económicas de origen norteamericano y los cuadros académicos que desde instituciones de educación superior y la prensa generaban el discurso narrativo que daba “sustento” a dicha superioridad anglosajona (González Herrera, 2004:430-431).

Este nativismo radical, conformado en torno al límite cultural de la frontera, tomó la forma de un anglosajonismo o nacionalismo blanco que gradualmente empezó a centrar sus “dudas” en los numerosos inmigrantes que llegaban del sur y del este europeo. Éstos fueron considerados no solamente distintos culturalmente sino inferiores en el sentido racial. Durante el siglo diecinueve, las élites económicas, religiosas y políticas vieron en la población indígena de Estados Unidos (que sólo interesaba por sus tierras), en las oleadas de inmigrantes, un reto a la integridad y pureza racial y cultural del grupo angloprotestante que desde entonces gobernó a esa nación (González Herrera, 2004:430-431).

Debido a la complejidad de aquello que distancia la frontera, casi siempre adopta una forma material, en un territorio fronterizo. Es ante todo una construcción cultural cuya existencia genera hechos y acontecimientos presentes en la vida cotidiana, donde interactúan y se articulan sociedades particulares. Cruzar la frontera se vuelve entonces un reto para quienes buscan esperanzados una vida más conveniente, aunque esta me-

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

jería en algunos planos signifique vivir a la sombra de la xenofobia. Son la paradoja de la frontera y las paradojas de su trasgresión, que no pueden reducirse solamente a una materialidad. En las sociedades contemporáneas, y con el advenimiento de la automoción, las telecomunicaciones, la transmisión instantánea y simultánea de datos e información, aumentan y se aceleran los motivos de la gente para movilizarse, y en este sentido se vuelve obsoleta la idea de unidad geográfica como elemental para entender la cultura y la sociedad (Ortiz, 1996).

Tanto para México como para Estados Unidos la frontera se ha convertido, metafóricamente, en un umbral en el que la corporalidad y la somatización del peligro son intensas: para el imaginario estadounidense el mexicano representa el peligro de la delincuencia, corrupción, enfermedad y contaminación; para el imaginario mexicano es un punto donde se juega la vida (González Herrera, 2004:444). Para los habitantes de la región significa también un nuevo recurso cultural y económico de supervivencia y sobrevivencia. El contexto fronterizo obliga a un complejo proceso de relaciones y alianzas que en muchas ocasiones permite cuestionar el peso de los límites identitarios en el sentido de pertenencia cultural, que se desdibujan frente a complejas urdimbres de relaciones sociales que se tejen en torno a políticas y economías diversas (Sheridan, 2004:454).

La territorialidad se fragmenta, el sentido del territorio se traslada con los nómadas contemporáneos, se reimagina, adquiere cada vez más una plasticidad particular. Como una membrana, la frontera ofrece una permeabilidad asimétrica de seres humanos, información, conocimientos, prácticas y mercancías, elementos que inciden en la pluralización de las identidades (Salas, 2004:332).

Los habitantes actuales del desierto han construido fronteras y reconstruido otras con la finalidad, por una parte, de sobrevivir como personas en lo referente a sus actividades económicas cotidianas y, por otra, de lograr la supervivencia del grupo como etnia. Para ello hacen una reelaboración, en un contexto transnacional, de un nomadismo originario y una elaboración de una identidad colectiva multidimensional. La idea de la frontera vinculada a la identidad piensa a los grupos humanos se-

Culturales

parados unos de otros –o unos en contra de los otros–, ocupando cada uno su territorio, de tal manera que la dinámica migratoria es la menos considerada en los programas de desarrollo. En un contexto transnacional, esos grupos reelaboran una movilidad originaria y conciben una identidad colectiva de múltiples dimensiones que rebasa las identificaciones parroquiales de grupo étnico, tribu, banda o linaje. En este sentido, las culturas del norte de México son pioneras en la transposición de las fronteras étnico-territoriales, nacionales y étnico-culturales y en elaborar estrategias de resistencia con base en su movilidad transfronteriza y en la alteración constante de su identidad (Garduño, 2002) –que resulta incluyente, en función de principios de pertenencia a comunidades imaginadas cultural, política y socialmente–.

Durante un largo periodo, la frontera evoca una organización construida como un regimiento al modo fronterizo y como un proyecto de modernización. La frontera simultáneamente es una ideología que producen y difunden los medios y un proyecto económico, pero sobre todo es un modo de distinguirse de los que están del otro lado de la línea, muchas veces zona de refugio de maleantes y de indios renegados (Torres, 2004:426).

Así como el desierto no puede considerarse vacío, la “frontera norte” no puede ser tratada como entidad geográfico-social inalterable a lo largo de la historia. Por el contrario, se trata de una amplitud en que la diversidad cultural es expresión de una complejidad sociohistórica tal que no puede reducirse a generalizaciones ni a explicaciones simplistas orientadas a homogenizar la abstracción “norte” en tiempo y espacio (Sheridan, 2004:451).

En la globalización nos enfrentamos a la paradoja de la homogeneización, el sueño dorado de la modernidad, que suponía que todo elemento polifónico y discordante estaba destinado a ser incorporado, mediante la convergencia cultural, como parte del proyecto político y social de los grupos dominantes. Lejos de generar uniformidad, la fluidez global de símbolos, mensajes y mercancías ha despertado reacciones de contestación y resistencia por las que los significados se elaboran y recrean en contextos locales específicos.

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

Las fronteras políticas generan divisiones territoriales y grupales que han devenido en múltiples conflictos y formas de violencia, las fronteras socioeconómicas originan una modificación permanente en las estrategias de supervivencia y las fronteras culturales marcan una discontinuidad y diversos procesos de desarrollo e identidad que ponen en cuestión el vigor de la frontera. Estos procesos evidencian el deterioro de las formas de hacer la vida y la dispersión cultural de las poblaciones ubicadas en esta particular región, de modo que es vivida por sujetos con identidades y estrategias que en la vida cotidiana combinan el conflicto, la violencia, el deterioro ambiental y social con la convivencia entre culturas muy diversas.

La “gente del desierto”

En su extremo noroeste, Sonora limita por el norte con Estados Unidos de América y por el oeste con el Golfo de California o Mar de Cortés. Es un área del estado que se caracteriza por un medio ambiente extremadamente árido. El Gran Desierto de Altar emerge majestuoso entre cerros y montañas, entre arroyos escasos de agua. A pesar de la hostilidad del entorno, esta región ha sido habitada por el ser humano y otras especies desde hace miles de años, y en la actualidad se ha establecido allí una red de asentamientos urbanos tanto de Sonora como de Arizona, en Estados Unidos. En esta región coexisten con una gran variedad de grupos los pápagos, descendientes de los primeros humanos que poblaron el lugar: los tohono o’odham³ o pápagos.

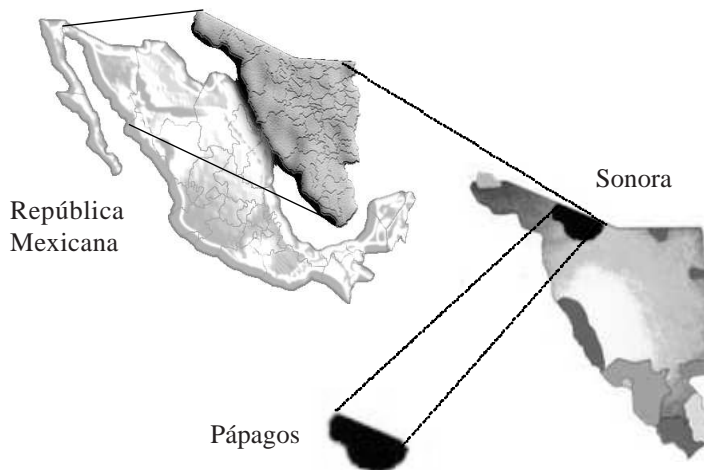
Los pápagos habitan el noroeste de Sonora y el sur de Arizona. Forman parte del conjunto de indios pimas –grupo pimano–, radicados tanto en México como en Estados Unidos y extendidos antiguamente de forma irregular desde el noroeste de Sonora hasta el río Gila, hacia el norte. Los pimas altos y bajos se hacen llamar “o’odham”, que significa “gente”, y se diferen-

³ “Tohono o’odham”, que significa “gente del desierto”, es la designación oficial de este grupo en Estados Unidos; sin embargo, en México es más común la denominación “pápago”.

Culturales

cian entre sí porque unos grupos se asientan en los ríos, los llamados pimas, y otros se catalogan como “gente del desierto”, los pápagos (mapa 1).

Mapa 1. Ocupación geográfica de poblaciones de pápagos.



Fuente: modificado con base en www.siem.gob.mx, www.e-local.mx.

Las primeras poblaciones humanas que habitaron la región establecieron una forma de vida vinculada con la recolección de vegetales, la caza de animales y la pesca de especies marinas del Golfo de California, movilizándose a través de los campos agrestes de El Pinacate hasta la costa.

Su estilo de vida nómada sufre una fuerte interrupción con la llegada a la región de los colonizadores europeos, a pesar de lo cual casi nunca se ajustaron a la política de reducción de las misiones que establecieron los jesuitas desde el siglo diecisiete. Una expresión de ello está registrada en documentos que dan cuenta de las sucesivas rebeliones indígenas (Pérez-Taylor, 2001) ante la sedentarización forzada, el proceso de adaptación a nuevas condiciones de sobrevivencia, el entorno físico del desierto y la interacción con diversos grupos venidos de fuera. Con la fiebre amarilla de los años 1850 y 1851 disminuyeron

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

drásticamente en número y los que sobrevivieron se trasladaron a Arizona, a las orillas del río Gila, pero continuaron visitando los territorios sonorenses, especialmente los que poseían un carácter ceremonial, como la sierra de El Pinacate y Quitovac.

El territorio o’odham quedó dividido formalmente entre Estados Unidos y México a mediados del siglo diecinueve. Esta fragmentación territorial y nacional ha marcado también una división entre los miembros de ese pueblo. Desde entonces se han evidenciado constantes migraciones de pápagos de México hacia Arizona, pero sobre todo, esta fronterización significó que los grupos situados en ambos lados fueran perdiendo el contacto. La distancia entre ambos grupos y la desarticulación de su vida como sociedad generó un vacío en la memoria colectiva y en las propias costumbres históricas durante gran parte del siglo veinte. Existen pocos recuerdos, relatos y registros de ese tiempo.

En la actualidad, la identidad de los pápagos de Sonora —el ser pápago— es una cuestión compleja y no puede reducirse solamente a quienes hablan la lengua vernácula. Los de Arizona, establecidos en reservas desde 1973 y articulados en comunidades, han logrado mantener sus costumbres históricas, practicar las relaciones comunitarias, hablar su lengua y ser reconocidos por el resto de la sociedad como una nación. Sus actividades económicas, entre las que se cuenta principalmente la administración de casinos y hoteles, les brindan los recursos para mantener buenas condiciones de vida y adecuar sus tradiciones con la vida social actual. Los pápagos de Sonora, en cambio, están desarticulados socialmente, y en vez de habitar sus comunidades se confunden con los habitantes urbanos y con los provenientes de toda la República cuya finalidad es establecerse en la región fronteriza o migrar a Estados Unidos. Sea por Sonoyta, Caborca, Altar o Tubutama, los pápagos mexicanos transitan por todo el norte del estado en busca de su supervivencia. Cruzar la frontera internacional y el permanente transitar ocupando diferentes hábitat y oficios —reproduciendo formas de nomadismo guardadas en la herencia cultural de un grupo originariamente cazador y recolector— se han convertido en una actividad de supervivencia.

Culturales

En la actualidad, pareciera que hay algunos aspectos que separan a los pápagos de uno y otro lado de la frontera y otros que los unen. Sin embargo, existen vínculos que recuperan el contacto entre grupos que alguna vez fueron unidad. La articulación de éstos confiere una dimensión política, mediada por el contexto transfronterizo, a las relaciones entre los diferentes grupos que coexisten en la etnia.

Un elemento fundamental se relaciona con la identidad. La creación formal de las reservaciones o'odham en Arizona generó un escenario en el que la identidad, el territorio y los lugares históricos son resemantizados y el "ser pápago" adquirió diversos sentidos.

En los mismos pápagos ha ocurrido un proceso de diferenciación social y económica que se vincula con la línea fronteriza internacional, que imprimió dos nacionalidades en las que se acomodaron las diferencias. Hoy existe un estilo de vida de los pápagos de Sonora que difiere mucho del que observan los de Arizona, y ello está marcado por condiciones de sobrevivencia radicalmente distintas. Los últimos administran las ganancias de sus empresas y los de Sonora realizan múltiples actividades en ramos como el comercio formal e informal, los servicios, el transporte, etcétera.

Otra frontera, y a la vez un elemento de contacto del propio grupo, se refiere a la percepción y uso de los sitios sagrados. Se trata de un ámbito de gran importancia en la vida de los pápagos que pareciera no haber sido afectado de manera contundente por la frontera internacional. Independientemente de las nacionalidades que posean de acuerdo con las leyes de los Estados que los cubren, los pápagos reconocen tres tipos de lugares sagrados: los entierros, los cerros y montañas y los sitios que conservan manifestaciones rupestres, como pinturas, petrograbados y geoglifos. El rasgo común es que en estos lugares pueden establecerse vínculos con los antepasados.

Uno de los más importantes es la Sierra de El Pinacate,⁴ en el

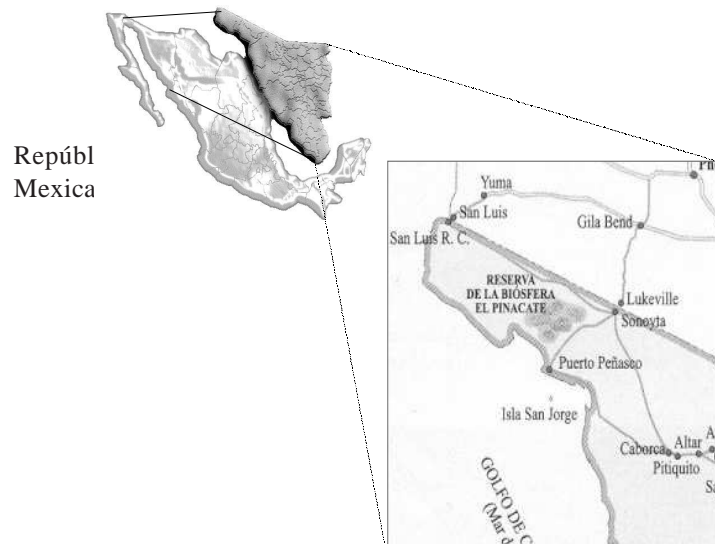
⁴ En la historia de los o'odham se reconoce a Schuk Toak (Montaña Pinacate) como un lugar santo y sagrado porque es la morada del creador I'toi, el Hermano Mayor, y por lo tanto, es el lugar de origen de todos los o'odham (Sistema de Aguas Naturales Protegidas del Estado de Sonora, 1994).

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

Gran Desierto de Altar, un sitio sagrado en el que se encuentran vinculados los intereses étnicos con los económicos y ecológicos de la nación mexicana, dado que se trata de un área natural protegida.

La Sierra de El Pinacate, junto al Gran Desierto de Altar, fue declarada área natural protegida y reserva de la biosfera desde 1993 por mediación de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales del gobierno mexicano (mapa 2).

Mapa 2. Región de El Pinacate, Sonora.



Fuente: Modificado con base en www.siem.gob.mx, <http://serpiente.dgsca.unam.mx>.

Para el gobierno es una región que contiene una gran diversidad biológica en cuanto a especies vegetales y faunísticas, y una riqueza histórica, prehistórica y geológica que se pretende conservar. Para los indígenas es, además, un espacio sagrado donde habita su ser creador, que contiene el origen de la existencia humana y cultural, y donde han llevado a cabo sus ceremonias. En la actualidad, el lugar místico, espiritual y ceremo-

Culturales

nial más importante es Quitovac, ubicado unos pocos kilómetros al sur de la frontera, muy cerca de las ciudades de Caborca y Sonoyta (*cfr.* Galinier, 1997).

Localizada en el extremo noroeste de Sonora, la región de El Pinacate es principalmente volcánica, cubierta de rocas color negro o café muy oscuro que adoptan formas diferentes que hacen difícil distinguir lo que quedó con la explosión de los volcanes y lo que el hombre ha construido con el paso del tiempo. En algunas partes la lava formó burbujas de gran tamaño, paredes y rocas de múltiples formas. En medio de cerros, sierras, dunas, ríos petrificados y conos de volcanes, se encuentran manifestaciones culturales como petrograbados, enterramientos, montículos, laberintos de piedras o geoglifos.

Durante muchos años la región de El Pinacate ha sido importante para los pápagos. Por allí pasaba el sendero que seguían antiguamente para la recolección de la sal y el acopio de conchas; era la ruta natural entre sus territorios y la región que ahora ocupa Puerto Peñasco, en la costa norte del golfo californiano. De acuerdo con la evidencia arqueológica, los grupos que se trasladaban a la costa pasaban por las cuevas que dejaron las explosiones volcánicas, donde existen petrograbados con el diseño de conchas que señalan la ruta hasta el mar (Hayden, citado por Villalpando, 2001:72). En una temporada de campo, en febrero de 2002, visitamos ese lugar con el pápago encargado de cuidar el sitio sagrado, quien nos enseñó las “marcas en las piedras”.

El camino hasta la costa era largo, por lo que seguramente en su trayecto a través de El Pinacate los pápagos hacían del viaje un evento ritual del cual iban dejando rastros. Elaboraban sobre el pavimento del desierto figuras humanas y de animales delineadas con piedras, al igual que “calles” que realizaban despejando espacios de dos metros de ancho por más de 150 de largo, presuntamente utilizadas para danzas o procesiones. Los actuales pápagos reconocen estos hechos arqueológicos e históricos y la importancia que tenían los trayectos hacia el mar en busca de sal para la sobrevivencia del grupo y de sus costumbres. Este hecho pasado es vuelto a interpretar por los pápagos en el presente con la finalidad de reorganizar sus es-

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

pacios místicos y de identidad. En este sentido, las “tradiciones” son recreadas como un conjunto de prácticas gobernadas por reglas aceptadas tácitamente. Tal recreación tiene el objetivo de inculcar ciertos valores y normas de comportamiento, lo que naturalmente crea una continuidad con el pasado; así elaboran una vinculación con un pasado histórico apropiado y una proyección de la imagen que poseen del futuro.

El Pinacate es, entonces, un lugar reconocido por los pápagos, y en esa medida representa un espacio simbólico de relación con los antepasados; un espacio, por ello, de identidad colectiva. Dado que se trata de un grupo que por mucho tiempo y, en cierta medida, hasta ahora sigue siendo nómada, su relación con el espacio se ha organizado a través de estos sitios, a diferencia de otras comunidades que organizan su espacio en ocupaciones permanentes dedicadas a las actividades productivas cotidianas.

Esta movilidad originaria ha sido el proceso cotidiano por el cual toman contacto los grupos situados a ambos lados de la frontera. Los viajes constantes, los cambios de residencia, de oficio y de actividad, la migración, la dispersión de las familias, hacen de los pápagos de Sonora un grupo que organiza su espacio de manera particular, sin contar con un territorio físico demarcado.

Reflexión final

Tomando como ejemplo uno de los grupos que no sólo ha habitado el desierto sino también el contexto transfronterizo, se puede señalar que ambos espacios, construidos social y culturalmente, no pueden estudiarse por separado. De varias maneras, con el devenir histórico la frontera se ha convertido en un recurso del que los grupos echan mano al elaborar sus estrategias de sobrevivencia. En esta forma, la resignificación de aspectos materiales y manifestaciones de índole simbólica en un escenario como el desierto, que es habitado por la que he llamado “cultura del desierto”, se dinamiza al incorporar a la frontera como elemento material y simbólico de la misma.

Culturales

Este desarrollo cultural de ninguna manera intenta soterrar las discontinuidades culturales, el deterioro de la calidad de vida y ambiental, ni el conflicto y violencia explícita y latente que encierra el contexto transfronterizo, visto desde el punto de vista social, económico y político. De la misma manera, no se puede desconocer que, a pesar de las constricciones ambientales que imponen la falta de agua y la aridez, éstas han sido enfrentadas y resueltas por los habitantes en el tiempo y en el espacio, arrojando resultados diversos que son de gran importancia para su aprovechamiento.

Considerando la preocupación por el tema del desierto y sus culturas, es fundamental constatar, por un lado, que el desierto no es una región abandonada, que contiene tanta biodiversidad como otros ambientes y que ésta se refiere de manera especial a una amplia diversidad de expresiones humanas. Sin duda, el desierto es un entorno que es y ha sido uno de los escenarios centrales en la constitución del país y para definirlo como nación.

Por otro lado, es importante señalar enfáticamente que la biodiversidad del desierto debe ser un tema central de investigaciones tanto en el campo de las ciencias sociales como en el de las naturales y exactas, pues su importancia radica en que guarda información de una larga ocupación humana, información acerca de las transformaciones que el ser humano ha realizado para asentarse en un ambiente hostil. Esto convierte al desierto en una fuente diversa de conocimiento.

Sobre los límites naturales del desierto se han sobrepuesto límites culturales y un desarrollo de diversas sociedades y grupos que lo habitan, de manera que desde el punto de vista del desarrollo social representa un gran desafío. El desierto es una gran franja que no sólo aparta ambientes, sino que muy particularmente separa estilos de vida, en tanto que la frontera permite la recreación de experiencias humanas que ponen de manifiesto asuntos de orden demográfico, político, de mercado y social, creando de esta manera un ámbito de relaciones enriquecidas con interacciones culturales que aún no estudiamos completamente.

Caracterizado de esta manera el entorno del desierto, sus culturas nos hablan de grupos humanos que han construido e idea-

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

do formas particulares para resignificar el sentido del hábitat como soporte ecológico y el habitar como forma de incorporación de la cultura al paisaje geográfico hasta convertirlo en un ambiente habitable.

Bibliografía consultada

- BRANIFF, BEATRIZ, “Lingüística yutonahua y arqueología”, en Hernán Salas y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 179-202.
- CASTRO, MILKA, “Comunidades campesinas: fronteras móviles en el desierto del norte de Chile”, en Hernán Salas y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 102-122.
- FERNÁNDEZ DE ROTA y MONTER, JOSÉ ANTONIO, “Los paisajes del desierto”, en Hernán Salas Quintanal y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 21-35.
- GALINIER, JACQUES, “De Montezuma a San Francisco: el ritual Wi:gita en la religión de los pápagos (Tohono O’odham)”, en Xavier Noguez y Alfredo López Austin (coords.), *De hombres y dioses*, El Colegio de Michoacán y El Colegio Mexiquense A.C., México, 1997.
- GARDUÑO, EVERARDO, “Los indígenas del norte de México: icono de una era transnacional”, ponencia presentada en el Tercer Congreso Europeo de Latinoamericanistas, celebrado en Amsterdam en julio de 2002.
- GONZÁLEZ ARRATIA, LETICIA, “La cultura del desierto y una de sus tradiciones simbólicas: el ritual mortuorio”, en Hernán Salas y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*,

Culturales

- Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 367-386.
- GONZÁLEZ HERRERA, CARLOS, “Purificando la frontera: eugenesia y política en la región”, en Hernán Salas y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 429-446.
- LEFF, ENRIQUE, “Hábitat/habitar”, en Gabriela Toledo y Marina Leal (eds.), *Destrucción del hábitat*, UNAM/PUMA, México, 1998, pp. 31-44.
- MONTANÉ, JULIO CÉSAR, “Las fronteras sonorenses”, en Hernán Salas y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 305-314.
- ORTIZ, RENATO, “Otro territorio”, en *Revista Antropología*, Madrid, 1996.
- PÉREZ-TAYLOR, RAFAEL, “Fronteras étnicas, políticas y mentales”, Ángel Espina (dir.), *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica*, Instituto de Investigaciones Antropológicas de Castilla y León, Salamanca, 2001, pp. 25-33.
- SALAS, HERNÁN, “Frontera sociocultural de los pápagos del norte de Sonora”, en Hernán Salas y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 331-344.
- SHERIDAN, CECILIA, “Territorios y frontera en el noreste novohispano”, en Hernán Salas y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 447-467.
- SISTEMA DE ÁREAS NATURALES PROTEGIDAS DEL ESTADO DE SONORA (SANPES), “Programa de Manejo de Reserva de la Biosfera El Pinacate y Gran Desierto de Altar, Municipios de Plutarco Elías Calles, Puerto Peñasco y San Luis Río Colorado, Sonora, México”, Hermosillo, Sonora, 1994.

La “gente del desierto” en el norte de Sonora

- TORRES, JAVIER, “Frederick Jackson Turner: frontera, mitos y violencia en al identidad nacional estadounidense”, en Hernán Salas y Rafael Pérez (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff*; Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2004, pp. 421-427.
- VILLALPANDO, ELISA, “Los nómadas de siempre en Sonora”, en Beatriz Braniff (coord.), *La gran chichimeca. El lugar de las rocas secas*, Conaculta/Jaca Book, México, 2001, pp. 71-76.